

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

- El Reino de Dios está dentro de vosotros, el 4 de diciembre..... 295
- Decisión y ánimo, el 11 de diciembre..... 297
- Superar el malestar y acoger a Dios en Navidad, el 18 de diciembre..... 298
- Cantar la Navidad, el 25 de diciembre..... 300

II. Homilias

- Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María..... 301
- Ordenación de Presbíteros y Diáconos, el 18 de diciembre..... 305
- Natividad del Señor. Misa de medianoche..... 308

Vicaría general

I. Sr. Obispo auxiliar

- Homilía en la Santa Misa de Lectores y Acólitos, el 17 de diciembre..... 311

II. Visita Pastoral

- Arciprestazgo de Pueblanueva..... 315

Secretaría general

I. Decretos

- Directorio diocesano sobre los ministros extraordinarios de la Sagrada
Comunión..... 317
- Nombramiento de cargos de la Fundación canónica “Nuestra Señora de los
Infantes” de Toledo..... 318
- Órdenes Sagradas de Diaconado y Presbiterado*..... 319
- Ministerios Sagrados de Lectorado y Acolitado*..... 320
- Nombramientos*..... 321
- Nuestros difuntos*..... 321

Año CLXX - Núm. 11

Diciembre 2016

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS

EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

Escrito dominical, el 4 de diciembre

Muy saludable es para los cristianos meditar en Adviento y el sentido que éste tiene hoy para nosotros. “Adviento” es venida: celebración de la venida de Jesús en carne mortal (Navidad) y preparación para la segunda venida del mismo Jesús, Señor, en el horizonte de la vida de cada uno de los cristianos y al final del tiempo. Se dice que el horizonte es una línea imaginaria que se aleja cuando más cercana parece. Pero yo no puedo presentar de esta manera la llegada del reino de Dios, ni la de Cristo en su última y definitiva venida. Pero, ¿tenemos signos de cuándo será esa llegada?

Es verdad que, en dos mil años, el Cristianismo ha llegado a todas las partes del mundo, pero esta llegada de la sociedad cristiana o de los cristianos en todo el planeta a cualquier sociedad humana no se puede identificar con el Reino de Dios prometido por Cristo, que está, principalmente, en el corazón de los hombres. Sin embargo, en el corazón solo Dios ve. Por eso, evitaremos siempre los dos extremos: quejarnos de los pocos cristianos verdaderos que hay hoy en el mundo o presumir demasiado de lo grande que es la Iglesia Católica, con más de mil doscientos millones de bautizados. Estamos ante el misterio de Dios; solo sabemos que Dios quiere salvar a todos, pero ignoramos cómo y cuándo.

La verdades de fe siempre tienen dos aspectos, o, si queremos, dos puntos de vista desde dónde contemplarlas y que se complementen mutuamente. Así es también en esta verdad del reino de Dios que llega con la venida de Cristo. En primer lugar, el reino de Dios es interior, invisible; pero Dios invisible, por

otro lado, se manifiesta también exteriormente. Queremos decir que la revelación de Dios en la tierra es la Iglesia y el Espíritu Santo está entre nosotros.

En el Concilio Vaticano II se discutió largamente si la Iglesia interior, invisible, se identifica con la institución eclesial que vive en la sociedad actualmente. Este fue un engorroso problema en la época de la Reforma protestante. Los padres conciliares establecieron que la realidad invisible es incomparablemente más rica y más perfecta. Pero la organización exterior, la liturgia, los signos sagrados, nos introducen en la unión con Cristo: cuando, por ejemplo, oramos juntos y participamos en la Eucaristía somos conscientes de que Dios está entre nosotros, para que se realice su Reino en el cielo y en la tierra, empezando por nuestro corazón.

Ahora, durante la celebración litúrgica, Él viene a nosotros sobre el altar pero, un día, vendrá en la plenitud de su gloria. Los predicadores siempre hablan de ese día como el día del juicio, para empujar a la conversión y a la penitencia. Ese día habrá condena del mal, y significa la victoria del bien y, por eso, los primeros cristianos esperaban con ansia ese día; pero igualmente lo esperan los cristianos de todos los tiempos. ¿También nosotros ahora lo seguimos esperando? Tal vez con mucha menos intensidad. Ellos oraban, como nos dice el NT pidiendo: “Marana tha, ven Señor Jesús” (1 Cor 16,22), y tenían como muy cierto que Jesús, en el libro del Apocalipsis, contesta: “Mirad, yo vengo pronto y traeré mi recompensa conmigo para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Ap 22,12-13). “Sí, yo vengo pronto. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!”. Son las últimas palabras de la Biblia.

Sobre esta venida, he aquí las palabras de un gran predicador cristiano: “Esta es la diferencia entre la Escritura y el mundo. Si juzgáis por la Sagrada Escritura esperaréis siempre a Cristo; si juzgáis por el mundo, no le esperaréis nunca. El hecho es que, pronto o tarde, debe venir algún día. Los hombres mundanos se burlan ahora de nuestra incapacidad para discernir su venida. Pero, cuando Él venga, ¿de quién será la falta de juicio?, ¿de quién será la victoria? ¿Y qué piensa el Señor de esta burla de ahora? Nos previene expresamente, a través de su apóstol, contra quienes se burlan y dicen: ¡A dónde fue a parar la promesa de su Venida? Pues desde que murieron los padres todo sigue como al principio de la creación...” Pero una cosa no podéis ignorar, queridos míos –continúa san padre-: que ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día (2 Pe 3,4-8)” (J. Henry Newman, *Esperando a Cristo*, Madrid 2016, p.93).

DECISIÓN Y ÁNIMO

Escrito dominical, el 11 de diciembre

Estas dos palabras apuntan al corazón humano, a la hora de vivir la vida de testigo de Jesucristo. Las necesitamos para que, siempre con la gracia de Dios que precede y culmina nuestra acción, el bien común se difunda a todos los demás. Cercana la Navidad, quiera Dios que nuestras persona estén implicadas en el testimonio de Jesucristo que llega, y preparemos su llegada sin conceder nada a cuando de pagano se adhiere a Navidad. Esta fiesta cristiana es, sin duda, el inicio del misterio pascual de Jesucristo y se centra en Él que nace y que vendrá al fin de los tiempos.

Pero los discípulos de Cristo, sobre todo los fieles laicos, han de tener también decisión y ánimo en la sociedad en la que viven, pues su presencia creyente sirve para mejorarla, sin duda. Precisamente la esperanza es decisión y ánimo de cara al futuro, siempre poblado de posibilidades y de inquietudes. Ahora que se ha normalizado la actualidad pública del Gobierno de España y del Parlamento, pueden darse condiciones para caminar esperanzadamente de cara a ese futuro inmediato. Pero sería importante que se dieran algunas condiciones. A ellas aludía el Presidente de la Conferencia Episcopal Española en su discurso de apertura de la CVIII Asamblea Plenaria (21-25 noviembre de 2016).

“La esperanza y el pasado no se pueden separar”. Algo muy cierto, porque en nuestra historia como nación hay motivos para la humillación y para la gloria. Muchas cosas debemos recordar para corregirnos; es razonable. Pero lo es igualmente que nos sintamos legítimamente orgullosos de muchos hechos y acontecimientos de nuestra historia, reciente y antigua. ¿Por qué participar de esa tendencia tan española de sentir que hay que empezar de nuevo cada cierto tiempo, arrasando con todo lo anterior porque los que lo hicieron lo hicieron todo mal y tiene que desaparecer?

La corrupción con tantas personas implicadas y los diversos focos de contaminación ha degradado el servicio público. Es cierto: la falta de honradez causa irritación. Es así realmente, pero hay un modo de salir de esta situación: que cedan los partidismos en favor del bien común. Dejemos de ser maniqueos. Si deseamos reformar importantes proyectos fundamentales, todos debemos converger para el bien del interés general. Están en juego muchas cosas. Decía hace bien poco el Papa Francisco: “Si no hay diálogo habrá gritos”.

Y el diálogo en nuestra sociedad supone compartir una historia, tener planteados unos problemas comunes y buscar entre todos su respuesta, pero sobre la base de formar parte de la misma sociedad. Ha sido esta misma socie-

dad la que se ha dado unas leyes fundamentales. Las legítimas diversidades, y el respeto a ellas, necesita una amplia y fundamental base compartida y no rupturas que no se entenderían. Es una tentación constante en España pensar que no tenemos remedio. Nosotros, como católicos hemos de tener el debido respeto a nuestros conciudadanos, a sus opciones legítimas.

Pero también es legítimo decir que Dios y el hombre no son competitivos. Y nos parece desacertado afirmar que Dios debe ser excluido del horizonte mental para que el hombre actúe con responsabilidad de adulto. La obediencia a la Ley de Dios no lleva consigo la humillación del hombre, mientras que el olvido de Dios repercute negativamente en la vida personal y social de los hombres. Por ello, los cristianos subrayamos la dignidad de la persona, centro y sentido de las instituciones; el respeto a la vida de las personas en todo el recorrido de su existencia desde su generación hasta su muerte; la educación en la verdad y la libertad; la familia como ámbito humanizador fundamental. La familia vence la soledad y de su salud depende en gran medida la salud de la sociedad. Son verdades que se contienen en lo que Dios nos ha revelado.

Para nosotros queda como señal de nuestra pertenencia a Cristo las palabras del Señor: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y mi visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25, 35-36). Como ha recordado el Papa Francisco en su última carta apostólica “Misericordia et misera”: “En una cultura frecuentemente dominada por la técnica, se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes... Se necesitan testigos de la esperanza y de la verdadera alegría para deshacer las quimeras que prometen una felicidad fácil con paraísos artificiales” (n. 3). Es una buena razón para decidirmos y animarnos a vivir la Navidad.

SUPERAR EL MALESTAR Y ACOGER A DIOS EN NAVIDAD

Escrito dominical, el 18 de diciembre

A poco que hayamos conocido el vivir de la vida y la fe cristiana en nuestra sociedad del bienestar, caemos en la cuenta de que a nosotros, si comparamos cómo la viven en África o en lugares de Latinoamérica, nos falta la sencillez de una fe arraigada en la vida en común, capaz de sostener las penalidades y sufrimientos de tantas privaciones. Sin duda que es diferente a esta fe, muchas veces atormentada y problematizada, que conocemos entre tantos de nosotros, los católicos españoles. La alegría de la fe en las personas, especialmente en

los niños, no es fácil percibirla en nuestra sociedad. No quiero con esta afirmación decir que volvamos a la precariedad de vida de los países de África o América, que es sin duda injusta.

Pero es necesario aprender y cambiar el corazón. Nuestra cultura ha perdido el camino y no encuentra remedios eficaces para recuperarse. Llegamos a poner en duda los frutos de la civilización que nos vio nacer. ¿Qué nos pasa a los europeos? Y, de manera singular, ¿qué nos pasa a los cristianos europeos? Será difícil guiar por “los caminos del bosque” de nuestra sociedad, pero no podemos seguir en una sociedad del mero espectáculo o de un consumismo rampante. Porque el malestar que sentimos no se puede explicar limitándose a los factores económicos de la crisis, aunque haya sido grave en los últimos años. Ahí está, por ejemplo, la caída dramática de la natalidad y las dificultades crecientes para integrar la emigración. ¿Y qué decir de los fundamentalismos y los populismos?

¿En qué consiste esa pérdida de confianza ante la propia experiencia de vida? En que no conseguimos que el conocimiento de nosotros mismos, de los demás y del mundo conserve su carácter de signo del fundamento, de ese misterio al que todos llaman Dios. Que no tenemos gramática para leer lo que la realidad nos dice. Y así se pone en peligro la razón, la libertad y la misma realidad. Se encienden las alarmas de peligros que nos acechan. Es la dimensión antropológica (lo que somos como hombres y mujeres) y religiosa la que nos está fallando para que haya una válida convivencia y una paz en nuestra sociedad.

¿Quién ha fallado? Tal vez, todos. Por lo que se refiere a los cristianos, ya dijo Juan Pablo II que “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida” (Juan Pablo II, discurso el 16 de enero de 1982). El Papa con esto no quería decir que la fe se diluya hasta trocarse en mera cultura; reivindica la capacidad de la fe para modificar a fondo lo que mueve a la gente a un modo concreto de vivir y pensar las grandes cuestiones que afectan a la vida. Para superar nuestras dificultades necesitamos comprender el cristianismo y la fe cristiana de modo que sintamos que Cristo es un acontecimiento que nos ha sucedido y nos sucede; y además que esta fe en Jesús tiene una racionalidad propia de este acontecimiento singular de la historia que es la aparición del Hijo de Dios en ella, su nacimiento.

El anuncio cristiano, pues, tiene la pretensión de suscitar una “novedad inaudita, que da a la vida un horizonte nuevo y con ello una decisión decisiva”. Son aquellas famosas palabras de Benedicto XVI, que retoma el Papa Francisco en “La alegría del Evangelio”, n. 7: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, 1).

Podemos vivir la celebración de la Navidad desde este horizonte: no es algo que sucedió y su eco ha ido perdiéndose en el transcurso del tiempo; es el misterio del acercamiento y salvación de la humanidad, que comienza con el nacimiento de Jesús. Toda una caricia de ternura de Dios Padre, que realiza un intercambio con nosotros inaudito y asombroso. Es su Venida, preludeo de la que sucederá la final de los tiempos, pero que ya ha comenzado de un modo misterioso. Gocemos en ella. Feliz Navidad.

CANTAR LA NAVIDAD

Escrito dominical, el 25 de diciembre

Hay que cantar la Navidad», oíamos de pequeños, cuando pedíamos el aguinaldo y nos lanzábamos con nuestras voces a entonar los villancicos que conocíamos, que no eran pocos, algunos de los cuales, recuerdo, tenían letras muy teológicas que unían la Navidad a la Semana Santa, el nacimiento de Jesús a su muerte. Hoy también la gente canta en Navidad, pero menos y, en menor proporción, villancicos navideños. En ocasiones incluso he escuchado que para qué cantar si en nuestro mundo hay dolor, guerra, desamor, egoísmo, persecución por odio. Además, existen aquellos que la Navidad les trae nostalgia o recuerdos de seres queridos que ya no están. Pero hay que cantar. Veamos razones para ello.

El evangelio de la Misa de Medianoche (Misa del gallo) nos relata al final que una multitud de ángeles del ejército celestial alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,14). La Iglesia ha amplificado en la Gloria esta alabanza, que los ángeles entonaron ante el acontecimiento de la Nochebuena, haciéndola un himno de alegría sobre la gloria de Dios: «Por tu inmensa gloria, te alabamos, te bendecimos, te damos gracias...» Sí, hermanos, damos gracias a Dios por su belleza, por su grandeza, por su bondad, que en esta noche se manifiesta. La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres, sin querer preguntarnos por su utilidad. Estamos cansados de hacer cosas meramente útiles, eficaces... y nada más. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría.

Quien vislumbra a Dios siente alegría, y en esta noche vemos algo de su luz. Sin duda. Pero el mensaje de los ángeles habla también de los hombres a los que se desea la paz. ¿Qué hombres? «Paz a los hombres que Dios ama». Pero san Jerónimo tradujo esta frase del griego de otro modo: «Paz a los hombres de buena voluntad». ¿Con cuál nos quedamos? Leámoslas juntas para entender mejor. Sería, por ejemplo, equivocada una interpretación que entendiera que

en Navidad solamente se da el obrar de Dios, como si Él no hubiera llamado al hombre y la mujer a una libre respuesta de Dios. Pero también errónea la interpretación moralizadora, según la cual, el ser humano podría con su buena voluntad redimirse a sí mismo. Ambas cosas van juntas: gracia y libertad; el amor de Dios, que nos precede, y sin el cual no podríamos amarlo, y nuestra respuesta, que Él espera y que incluso nos ruega cuando nace su Hijo.

El entramado de gracia y libertad, de llamada y respuesta, no lo podemos dividir en partes separadas una de otra. Las dos están indisolublemente entretreídas entre sí. ¿Saben por qué? Porque esta palabra es promesa y llamada a la vez. Dios, en efecto, nos ha precedido con el don de su Hijo. Una y otra vez, nos precede de manera inesperada. Pero no deja de buscarnos, de levantarnos cada vez que lo necesitamos. No abandona a la oveja extraviada en el desierto en que se ha perdido. Dios no se deja confundir por nuestro pecado. Él siempre vuelve a comenzar con nosotros. Sin embargo, espera que amemos a los demás con Él. Nos ama para que nosotros podamos convertirnos en personas que aman junto con Él, y haya así paz en la tierra. Paz que falta y que es necesaria. Amor que falta, como falta justicia, como falta acercarnos al caído, al más pobre y abandonado, como sobran juicios duros sobre las personas.

Curiosamente san Lucas no dice que los ángeles cantaran: solamente que el ejército celestial alababa a Dios. Pero los hombres siempre han sabido que el habla de los ángeles es diferente al de los hombres; que precisamente en esta noche del mensaje gozoso éste ha sido un canto en el que ha brillado la gloria de Dios. Por eso, el canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios, más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios. ¿Queréis uniros a este cántico? Para san Agustín, cantar es propio de quien ama. Os invito a asociaros llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une cielo y tierra, ángeles y hombres. Le pedimos al Señor que cada vez seamos más las personas que aman con Él, y que seamos hombres y mujeres de paz.

Feliz Navidad para todos.

II. HOMILÍAS

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

S. I. Catedral Primada, 8 de diciembre de 2016

Queridos hermanos:

Los que pretenden negar el dogma católico de la Inmaculada Concepción dicen que no se puede eximir a María de lo que es válido universalmente para

todos los hombres y mujeres, es decir, de la culpa original. Es justo lo que dicen. También Ella, naciendo, participa de la naturaleza de Adán pecador. Pero tenemos el testimonio de Evangelio que la presenta como la “llena de gracia” (Lc 1,28). Y esta plenitud de la gracia no es compatible con el pecado. “El Padre la ha predestinado –escribe san Juan Damasceno– pero la virtud santificadora del Espíritu la ha visitado, purificado, la ha hecho santa, por así decir, la ha empapado”. En la Tradición cristiana, pues, María es la “zaraza ardiente” que se consume interiormente en el fuego del Espíritu Santo.

Pero ahora debemos preguntarnos: ¿Qué significa “María, la Inmaculada”? ¿Este título tiene algo que decirnos? La liturgia de hoy nos aclara el contenido de esta palabra con dos grandes imágenes. Ante todo, el relato maravilloso del anuncio a María, la Virgen de Nazaret, de la venida del Mesías. El saludo del ángel está entretejido con hilos del Antiguo Testamento, especialmente del profeta Sofonías 3,12-20. Nos hace comprender que María, la humilde mujer de provincia, que proviene de una estirpe sacerdotal y lleva en sí el gran patrimonio sacerdotal de Israel, es el “resto santo” de Israel, al que hacían referencia los profetas en todos los períodos turbulentos y tenebrosos. En ella está presente la verdadera Sión, la pura, la morada viva de Dios. En ella habita el Señor, en ella encuentra el lugar de su descanso. Ella es la casa viva de Dios, que no habita en edificios de piedra, sino en el corazón del hombre vivo.

Ella es el retoño que, en la oscura noche invernal de la historia, florece del tronco abatido de David. En ella se cumplen las palabras del salmo: “La tierra ha dado su fruto” (Sal 67, 7). Ella es el vástago, del que deriva el árbol de la redención y de los redimidos. Dios no ha fracasado, como podía parecer al inicio de la historia con Adán y Eva, o durante el período del exilio babilónico, y como parecía nuevamente en el tiempo de María, cuando Israel se había convertido en un pueblo sin importancia en una región ocupada, con muy pocos signos reconocibles de su santidad. Dios no ha fracasado. En la humildad de la casa de Nazaret vive el Israel santo, el resto puro. Dios salvó y salva a su pueblo. Del tronco abatido resplandece nuevamente su historia, convirtiéndose en una nueva fuerza viva que orienta e impregna el mundo. María es el Israel santo; ella dice “sí” al Señor, se pone plenamente a su disposición, y así se convierte en el templo vivo de Dios.

La segunda imagen es mucho más difícil y oscura. Esta metáfora, tomada del libro del Génesis, nos habla de una gran distancia histórica, que sólo con esfuerzo se puede aclarar; sólo a lo largo de la historia ha sido posible desarrollar una comprensión más profunda de lo que allí se refiere. Se predice que, durante toda la historia, continuará la lucha entre el hombre y la serpiente, es decir, entre el hombre y las fuerzas del mal y de la muerte. Pero también se anuncia que “el linaje” de la mujer un día vencerá y aplastará la cabeza de la serpiente, la muerte; se anuncia que el linaje de la mujer —y en él la mujer y

la madre misma— vencerá, y así, mediante el hombre, Dios vencerá. Si junto con la Iglesia creyente y orante nos ponemos a la escucha ante este texto, entonces podemos comenzar a comprender qué es el pecado original, el pecado hereditario, y también cuál es la defensa contra este pecado hereditario, qué es la redención.

¿Cuál es el cuadro que se nos presenta en esta página? El hombre no se fía de Dios. Tentado por las palabras de la serpiente, abriga la sospecha de que Dios, en definitiva, le quita algo de su vida, que Dios es un competidor que limita nuestra libertad, y que sólo seremos plenamente seres humanos cuando lo dejemos de lado; es decir, que sólo de este modo podemos realizar plenamente nuestra libertad.

El hombre vive con la sospecha de que el amor de Dios crea una dependencia y que necesita desembarazarse de esta dependencia para ser plenamente él mismo. El hombre no quiere recibir de Dios su existencia y la plenitud de su vida. Él quiere tomar por sí mismo del árbol del conocimiento el poder de plasmar el mundo, de hacerse dios, elevándose a su nivel, y de vencer con sus fuerzas a la muerte y las tinieblas. No quiere contar con el amor que no le parece fiable; cuenta únicamente con el conocimiento, puesto que le confiere el poder. Más que el amor, busca el poder, con el que quiere dirigir de modo autónomo su vida. Al hacer esto, se fía de la mentira más que de la verdad, y así se hunde con su vida en el vacío, en la muerte.

Amor no es dependencia, sino don que nos hace vivir. La libertad de un ser humano es la libertad de un ser limitado y, por tanto, es limitada ella misma. Sólo podemos poseerla como libertad compartida, en la comunión de las libertades: la libertad sólo puede desarrollarse si vivimos, como debemos, unos con otros y unos para otros. Vivimos como debemos, si vivimos según la verdad de nuestro ser, es decir, según la voluntad de Dios. Porque la voluntad de Dios no es para el hombre una ley impuesta desde fuera, que lo obliga, sino la medida intrínseca de su naturaleza, una medida que está inscrita en él y lo hace imagen de Dios, y así criatura libre.

Si vivimos contra el amor y contra la verdad —contra Dios—, entonces nos destruimos recíprocamente y destruimos el mundo. Así no encontramos la vida, sino que obramos en interés de la muerte. Todo esto está relatado, con imágenes inmortales, en la historia de la caída original y de la expulsión del hombre del Paraíso terrestre.

Queridos hermanos y hermanas, si reflexionamos sinceramente sobre nosotros mismos y sobre nuestra historia, debemos decir que con este relato no sólo se describe la historia del inicio, sino también la historia de todos los tiempos, y que todos llevamos dentro de nosotros una gota del veneno de ese modo de pensar reflejado en las imágenes del libro del Génesis. Esta gota de veneno la llamamos pecado original.

Precisamente en la fiesta de la Inmaculada Concepción brota en nosotros la sospecha de que una persona que no peca para nada, en el fondo es aburrida; que le falta algo en su vida: la dimensión dramática de ser autónomos; que la libertad de decir no, el bajar a las tinieblas del pecado y querer actuar por sí mismos forma parte del verdadero hecho de ser hombres; que sólo entonces se puede disfrutar a fondo de toda la amplitud y la profundidad del hecho de ser hombres, de ser verdaderamente nosotros mismos; que debemos poner a prueba esta libertad, incluso contra Dios, para llegar a ser realmente nosotros mismos. En una palabra, pensamos que en el fondo el mal es bueno, que lo necesitamos, al menos un poco, para experimentar la plenitud del ser.

Pensamos que Mefistófeles —el tentador— tiene razón cuando dice que es la fuerza «que siempre quiere el mal y siempre obra el bien» (Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto I*, 3). Pensamos que pactar un poco con el mal, reservarse un poco de libertad contra Dios, en el fondo está bien, e incluso que es necesario.

Pero al mirar el mundo que nos rodea, podemos ver que no es así, es decir, que el mal envenena siempre, no eleva al hombre, sino que lo envilece y lo humilla; no lo hace más grande, más puro y más rico, sino que lo daña y lo empequeñece. En el día de la Inmaculada debemos aprender más bien esto: el hombre que se abandona totalmente en las manos de Dios no se convierte en un títere de Dios, en una persona aburrida y conformista; no pierde su libertad. Sólo el hombre que se pone totalmente en manos de Dios encuentra la verdadera libertad, la amplitud grande y creativa de la libertad del bien. El hombre que se dirige hacia Dios no se hace más pequeño, sino más grande, porque gracias a Dios y junto con él se hace grande, se hace divino, llega a ser verdaderamente él mismo. El hombre que se pone en manos de Dios no se aleja de los demás, retirándose a su salvación privada; al contrario, sólo entonces su corazón se despierta verdaderamente y él se transforma en una persona sensible y, por tanto, benévola y abierta.

Cuanto más cerca está el hombre de Dios, tanto más cerca está de los hombres. Lo vemos en María. El hecho de que está totalmente en Dios es la razón por la que está también tan cerca de los hombres. Por eso puede ser la Madre de todo consuelo y de toda ayuda, una Madre a la que todos, en cualquier necesidad, pueden osar dirigirse en su debilidad y en su pecado, porque ella lo comprende todo y es para todos la fuerza abierta de la bondad creativa.

En ella Dios graba su propia imagen, la imagen de Aquel que sigue la oveja perdida hasta las montañas y hasta los espinos y abrojos de los pecados de este mundo, dejándose herir por la corona de espinas de estos pecados, para tomar la oveja sobre sus hombros y llevarla a casa.

Como Madre que se compadece, María es la figura anticipada y el retrato permanente del Hijo. Y así vemos que también la imagen de la Dolorosa, de

la Madre que comparte el sufrimiento y el amor, es una verdadera imagen de la Inmaculada. Su corazón, mediante el ser y el sentir con Dios, se ensanchó. En ella, la bondad de Dios se acercó y se acerca mucho a nosotros. Así, María está ante nosotros como signo de consuelo, de aliento y de esperanza. Se dirige a nosotros, diciendo: «Ten la valentía de osar con Dios. Prueba. No tengas miedo de él. Ten la valentía de arriesgar con la fe. Ten la valentía de arriesgar con la bondad. Ten la valentía de arriesgar con el corazón puro. Comprométete con Dios; y entonces verás que precisamente así tu vida se ensancha y se ilumina, y no resulta aburrida, sino llena de infinitas sorpresas, porque la bondad infinita de Dios no se agota jamás».

En este día de fiesta queremos dar gracias al Señor por el gran signo de su bondad que nos dio en María, su Madre y Madre de la Iglesia. Queremos implorarle que ponga a María en nuestro camino como luz que nos ayude a convertirnos también nosotros en luz

ORDENACIÓN DE PRESBITEROS Y DIACONOS

S. I. Catedral Primada, 18 de diciembre IV Domingo de Adviento

Queridos hermanos:

Un saludo muy cordial a cuantos estáis en la Catedral para esta ordenación de tres Diáconos como presbíteros de nuestra Diócesis; también saludo a quien impondré las manos y ordenarle Diácono para la Iglesia de Malabo, en Guinea Ecuatorial, con las letras dimisorias de su Arzobispo. Me dirijo también a vuestros padres y familia, a vuestros formadores y profesores, a todos vosotros amigos de los ordenandos, y a toda la comunidad diocesana, sobre todo a cuantos habéis venido de vuestras parroquias y las que ahora os acogen. Juntos formamos esta asamblea del Señor en la Iglesia de Toledo, reunida en la Catedral con su cabildo de forma tan significativa.

Sólo una semana separa este domingo cuarto de Adviento de la Santa Navidad, en que nos reuniremos en la noche para celebrar el gran misterio de amor, que nunca termina de sorprendernos. Dios se hizo hombre para que nosotros nos convirtiéramos en hijos de Dios. Durante el Adviento, del corazón de la Iglesia se ha elevado con frecuencia una súplica: “Ven, Señor, a visitarnos con tu paz; tu presencia nos llenará de alegría. La misión evangelizadora de la Iglesia es, en realidad, la respuesta al grito “¡Ven, Señor Jesús!”, que atraviesa toda la historia de la salvación y que sigue brotando de los labios de los creyentes. “¡Ven, Señor, a transformar nuestros corazones, para que en el mundo se difundan la justicia y la paz!”.

En efecto, la Verdad que salva la vida –que se hizo carne en Jesús– enciende el corazón de quien la recibe con un amor al prójimo que mueve la libertad a comunicar lo que se ha recibido gratuitamente. Ser alcanzados, pues, por la presencia de Dios, que viene a nosotros en navidad, es un don inestimable, un don capaz de hacernos “vivir el abrazo universal de los amigos de Dios, en la red de amistad con Cristo, que une el cielo y la tierra, que orienta la libertad humana hacia su realización plena y que, si se vive en su verdad, florece con un amor gratuito y enteramente solícito por el bien de todos los hombres. Es lo que pido para vosotros, queridos ordenandos, porque sé que esta hermosa realidad es capaz de llenar hasta el borde vuestro corazón joven.

No hay nada más hermoso, urgente e importante que volver a dar gratuitamente a los hombres y mujeres lo que hemos recibido gratuitamente de Dios. No hay nada, por ello, que nos pueda eximir o dispensar de este y exigente compromiso, que vosotros asumís hoy ante la Iglesia de Dios. La alegría de la Navidad, que ya experimentamos anticipadamente, al llenarnos de esperanza, nos impulsa al mismo tiempo a anunciar a todos la presencia de Dios en medio de nosotros.

Pero me dirijo ahora a los que vais a ser ordenados con palabras del Apóstol. Nos indica en su Carta a los Romanos (1,1) para qué os ordenáis y qué es lo que vais a ser. Dice él de sí mismo que es “siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol para predicar el Evangelio de Dios”. “Siervos de Cristo Jesús”; por ahí hay que empezar, por ahí habéis empezado de hecho y habéis seguido a lo largo de los años del Seminario. Por ahí seguiréis. “Siervos de Jesucristo”. Sí, no hay que disimular: la palabra es “siervos”. Y cuando no se entiende esto, no es bueno entrar en el sacerdocio.

Ser siervo es ser esclavo por amor; es ser obediente a Cristo hasta la muerte; es vivir conscientemente el hecho de que somos portadores de algo que no es nuestro: el sacerdocio de Jesucristo. Es admitir que hay una regulación radical de nuestras vidas, para lograr lo cual la Iglesia a lo largo de los siglos, no sólo la de ahora, ha marcado el camino tal como Cristo y los Apóstoles lo señalaron. Regulación radical de una vida humana, de un hombre elegido que consiente en ser nada menos que eso tan grande y dichoso: “Siervo de Cristo Jesús”.

“Llamado a ser apóstol”, añade san Pablo. Esta es la vocación que habéis sentido, de manera muy distinta y por diversos caminos, unos y otros; pero Alguien os ha llamado. Pueden haber sido a través de vuestros padres, con su ejemplo, más que con la palabra, ya que no suele ser frecuente la palabra de los padres que inviten a sus hijos a ser sacerdotes. Pero sí que dan buenos ejemplos, porque hay muchos padres de familia, espléndidos cristianos, que sufren y aman en silencio, y, a veces, esto llega al fondo del alma de su hijo produciendo efectos que sólo la gracia de Dios completa. Otras veces a través de un sacerdote. O por un acontecimiento especial; o la visita a un santuario de

María o una peregrinación a Santiago, a Guadalupe, o una celebración de JMJ.

Quizá también haya habido en vosotros el candor espiritual de una vida cristiana que desde niño se ha movido en torno a esos signos espléndidamente bellos de la religión cristiana, y que, poco a poco, han hecho madurar en ellos una decisión que llegó a ser en su día una libre opción de un camino, renunciando a otros. ¡Tantas maneras de llamar tiene Cristo! Y de llamar para ser apóstoles, no para otra cosa: “para predicar y anunciar el Evangelio de Dios”. Nada hay más grande que “predicar y anunciar el Evangelio de Dios”. Y tendréis que estar toda la vida meditando en el mejor modo de cumplir esta misión sagrada, anunciando el Evangelio con la vida, predicándolo con la palabra, ofreciéndolo con el amor a todos, presentándolo con la esperanza de que sea recibido, aunque se convierta en signo de contradicción, que ya es una manera de recibir esa gracia de Dios, que golpea el corazón de los hombres y de la historia humana. “No me avergüenzo del Evangelio, porque es fuerza de Dios para dar la salvación a todo el que cree”, dijo san Pablo en Rom 1.16.

Queridos ordenandos: en el camino que habréis de recorrer, lo mismo los que llegáis al sacerdocio hoy, como los que vais a llegar más tarde, tenemos un modelo que es señal y que es esperanza: la Virgen María. De ella nos hablan las lecturas sagradas hoy. La llamamos “Virgen de la Esperanza”, de tanta tradición en Toledo desde los tiempos de san Ildefonso. Es la señal que quiso dar Dios a aquel pueblo de dura cerviz, y es la señal que sigue dando Dios al sacerdote, al diácono y a todo el que quiere ser hijo fiel de la Iglesia. Hay que mirarla a Ella y ver en esa señal el modelo del silencio, de la piedad, de la obediencia, de la abnegación, de la sonrisa, de la caridad, del amor, de la fidelidad, de la fe, del sacrificio, de la fortaleza, de la pureza, de la entrega total.

La Iglesia se reconoce débil y siempre con deseos de reforma en su seno, pero su mayor deseo es realizar su misión de evangelizar, de llevar a Cristo a las personas, a su encuentro, a las grandes metas de la civilización del amor, a que el reinado de Dios esté presente en la sociedad, porque aporta algo que otras realidades no tienen: el Evangelio de Jesucristo, la palabra de Dios, el amor al prójimo junto al que profesamos a Dios. Debéis, pues, uniros a los innumerables sacerdotes, religiosos, y fieles católicos que dan un altísimo testimonio de virtudes evangélicas y de servicio al hombre en lo más íntimo y profundo de las necesidades que éste experimenta.

Hay que predicar el Evangelio siempre con dignidad, siempre humildemente, siempre con respeto al hombre que puede equivocarse; pero con valentía frente al error que les equivoca. La Virgen María, que no comunicó al mundo una idea, sino a Jesús mismo, el Verbo encarnado, es el modelo incomparable de evangelización. Invoquémosla con confianza, para que la Iglesia, y en ella vosotros que vais a ser conformados a Cristo Buen Pastor por la ordenación, anuncie también en nuestro tiempo al Salvador. Pido al Señor que cada cris-

tiano y cada comunidad experimenten la alegría de compartir con los demás la Buena Nueva de que Dios “tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito para que el mundo se salve por medio de Él” (Jn 3,16-17). Este es el auténtico sentido de la Navidad, que quiera el Señor redescubramos y vivamos intensamente. Que así sea.

NATIVIDAD DEL SEÑOR

Misa de medianoche

S. I. Catedral Primada, 25 de diciembre

Hemos vivido un año más ese anuncio del nacimiento de Jesús. Es un acontecimiento que no pierde actualidad, aunque sean muchos los años que lo hayamos celebrado. Nos sentimos agradecidos a Dios por su amor y su ternura; nos sentimos también un poco aturridos porque no acabamos de explicarnos la razón de tanto cariño del Señor hacia nosotros. Pero os digo hermanos que es verdad: es Navidad, nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Podemos desearnos una Feliz Navidad, un deseo que estos días se repite constantemente. Navidad es fiesta cristiana de alegría, de una alegría que tiene su origen en la Pascua del Señor; es en realidad el inicio de esta Pascua. ¿Es posible la alegría en Navidad? Es posible, sin

“A María le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada” (Lc 2,6s). Llegó el momento anunciado por el ángel en Nazaret. Llegó el momento que Israel esperaba desde hacía muchos siglos, durante tantas horas oscuras, el momento en cierto modo esperado por toda la humanidad con figuras todavía confusas: que Dios se preocupase de nosotros, que saliera de su ocultamiento. Y ¡vaya si lo ha hecho! Podemos imaginar con cuánta preparación interior, con cuánto amor, con cuánta alegría, esperó María aquella hora.

“Hay que cantar la Navidad”, oíamos de pequeños, cuando pedíamos el aguinaldo y nos lanzábamos con nuestras voces a entonar los villancicos que conocíamos, que no eran pocos, algunos de los cuales, recuerdo, tenían letras muy teológicas que unían la Navidad precisamente a la Semana Santa, y, por ello, el nacimiento de Jesús a su muerte. Hoy también la gente canta en Navidad, pero menos y, en menor proporción, canta villancicos navideños. En ocasiones incluso he escuchado que para qué cantar si en nuestro mundo hay dolor, guerra, desamor, egoísmo, persecución por odio. Además, existen aquellos que la Navidad les trae nostalgia o recuerdos de seres queridos que ya no

están. Y no están para cantar. Pero hay que cantar. Veamos razones para ello.

El evangelio de la Misa de Medianoche (Misa del gallo) nos relata al final que una multitud de ángeles del ejército celestial alababa a Dios diciendo: “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad” (Lc 2,14). La Iglesia ha amplificado en la Gloria esta alabanza, que los ángeles entonaron ante el acontecimiento de la Nochebuena, haciéndola un himno de alegría sobre la gloria de Dios: “Por tu inmensa gloria, te alabamos, te bendecimos, te damos gracias...”. Sí, hermanos, damos gracias a Dios por su belleza, por su grandeza, por su bondad, que en esta noche se manifiesta. La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres, sin querer preguntarnos por su utilidad. Estamos cansados de hacer cosas meramente útiles, eficaces... y nada más. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría.

Quien vislumbra a Dios siente alegría, y en esta noche vemos algo de su luz. Sin duda. Pero el mensaje de los ángeles habla también de los hombres a los que se desea la paz. ¿Qué hombres? “Paz a los hombres que Dios ama”. Pero san Jerónimo tradujo esta frase del griego de otro modo: “Paz a los hombres de buena voluntad”. ¿Con cuál nos quedamos? Leámoslas juntas para entender mejor. Sería, por ejemplo, equivocada una interpretación que entendiera que en Navidad solamente se da el obrar de Dios, como si Él no hubiera llamado al hombre y la mujer a una libre respuesta de Dios. Pero también errónea la interpretación moralizadora, según la cual, el ser humano podría con su buena voluntad redimirse a sí mismo, no necesitar de los demás y sobre todo de Dios. Ambas cosas van juntas: gracia y libertad; el amor de Dios, que nos precede, y sin el cual no podríamos amarlo, y nuestra respuesta, que Él espera y que incluso nos ruega cuando nace su Hijo.

El entramado de gracia y libertad, de llamada y respuesta, no lo podemos dividir en partes separadas una de otra. Las dos están indisolublemente entretnejidas entre sí. ¿Saben por qué? Porque esta palabra es promesa y llamada a la vez. Dios, en efecto, nos ha precedido con el don de su Hijo. Una y otra vez, nos precede de manera inesperada. Pero no deja de buscarnos, de levantarnos cada vez que lo necesitamos. No abandona a la oveja extraviada en el desierto en que se ha perdido. Dios no se deja confundir por nuestro pecado. Él siempre vuelve a comenzar con nosotros. Sin embargo, espera que amemos a los demás con Él. Nos ama para que nosotros podamos convertirnos en personas que aman junto con Él, y haya así paz en la tierra. Paz que falta y que es necesaria. Amor que falta, como falta justicia, como falta acercarnos al caído, al más pobre y abandonado, como sobran juicios duros sobre las personas.

Amar a los demás con Jesús que nace pequeño. El Papa Francisco ha deseado a una cadena de TV italiana “una Navidad cristiana”, como lo fue la primera, cuando Dios quiso derrotar los valores del mundo, se hizo pequeño

en un pesebre, con los pequeños, con los pobres, con los marginados. Cuando vemos terrorismo, criminalidad, abusos contra emigrantes, víctima de la trata, devastación del medio ambiente incluso, ¿qué podemos hacer los cristianos? Muchas cosas, pero sobre todo amar como Jesús. Responder con violencia a la violencia lleva, en el peor de los casos, a muerte física y espiritual de muchos. Amar no es pasividad o desinterés. Cuando Madre Teresa recibió el premio Nobel de la Paz en 1979: “En nuestras familias no tenemos necesidad de bombas y armas, de destruir para traer la paz, sino de vivir unidos, amándonos unos a otros (...). Y entonces seremos capaces de superar todo el mal que hay en el mundo (...). Mientras los traficantes de armas hacen su trabajo, hay pobres constructores de paz que dan la vida sólo para ayudar a una persona, a otra, a otra”.

Volvamos al canto en Navidad. Curiosamente san Lucas no dice que los ángeles cantaran: solamente que el ejército celestial alababa a Dios. Pero los hombres siempre han sabido que el habla de los ángeles es diferente al de los hombres; que precisamente en esta noche del mensaje gozoso éste ha sido un canto en el que ha brillado la gloria de Dios. Por eso, el canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios, más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios. ¿Queréis uniros a este cántico? Para san Agustín, cantar es propio de quien ama. Os invito a asociaros llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une cielo y tierra, ángeles y hombres. Le pedimos al Señor que cada vez seamos más las personas que aman con Él, y que seamos hombres y mujeres de paz.

En estos días de Navidad nos regalamos unos a otros. Pero en realidad, en palabras del Papa Francisco, quien hace el verdadero regalo es Él, nuestro Padre, que nos dona a Jesús. Nuestros regalos, que no deja de ser una bella costumbre, deberían expresar justamente esto: un reflejo del único don que su Hijo hecho hombre y nacido de la Virgen María. Feliz Navidad para todos.

VICARÍA GENERAL

I. SR. OBISPO AUXILIAR

SANTA MARÍA. DISPONIBILIDAD, ENTREGA, FE Y FECUNDIDAD

Homilía en la Santa Misa de Ministerios de Lector y Acólito S. I. Catedral Primada, 17 de diciembre

“No sois vosotros los que me habéis elegido; soy Yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15,16). El camino que estáis transitando (como seminaristas), la meta que aspiráis alcanzar, y la tarea pastoral que soñáis realizar son un don, un regalo del Señor. Como todo regalo, casi siempre se trata de una grata sorpresa. *“No sois vosotros los que me habéis elegido; soy Yo quien os he elegido”*. Es preciso ser conscientes de esta realidad, querida por Dios. Es consecuente ser agradecidos siempre a su llamada y elección, y colaborar generosamente en el cumplimiento de su voluntad. Que su infinito y misericordioso amor encuentre en vosotros una respuesta amorosa, generosa en el trabajo y agradecida.

Hoy, muy cerca de Santa María y aprendiendo de ella, de sí sí, su disponibilidad, entrega, fe, fecundidad y aceptación de la voluntad de Dios, vais a ser instituidos como lectores y acólitos en la Iglesia de Jesucristo.

Como LECTORES, vuestra misión será proclamar la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas, educar en la fe a los niños y a los adultos, prepararlos para recibir dignamente los sacramentos, y anunciar la buena nueva de la salvación a los hombres que aún la ignoran. Al realizar este ministerio, no olvidéis ser dóciles al Espíritu Santo, escuchar la Palabra de Dios vosotros mismos y conservarla en vuestro corazón.

Como ACÓLITOS, la Iglesia os confía la misión de ayudar a los presbíteros y diáconos en su ministerio, y de distribuir como ministros extraordinarios la Sagrada Comunión a los fieles en la Eucaristía, y también llevarla a los enfermos. Al realizar este ministerio, procurad vivir intensamente y en profundidad el sacrificio del Señor, la Eucaristía y procurar identificaros plenamente con El en el pensar, hablar y actuar.

Finalizando el tiempo litúrgico del Adviento, a poco más de una semana de la celebración de la Navidad, del Nacimiento del Hijo de Dios, hacemos muy presente a María, nuestra Madre de la Esperanza, pues ella es el mejor modelo para celebrar en verdad y con intensidad profunda el gran acontecimiento del Nacimiento del Hijo de Dios entre los hombres.

En María está el inicio de nuestra salvación, de ella nacerá Jesucristo, el vencedor del Maligno, nuestro Señor y Salvador. Ella fue la elegida por Dios para que fuera su Madre. En ella pensó desde la eternidad como pieza clave de la Redención. Por ello, la colmó con su amor, la llenó de su Espíritu, la hizo inmaculada desde el momento de ser concebida y la enriqueció con sus mejores gracias y virtudes.

Hoy, de nuevo, sirviéndonos de modelo y ejemplo, hacemos presente a María como aquella joven de Nazaret, que confió en el Señor y le manifestó su disponibilidad (como esta tarde vosotros). María pone su confianza en Dios diciendo: *“Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”*. De su confianza nace la disponibilidad para con Dios y con los demás. María es la mujer entregada a Dios y comprometida con los demás. Toda la vida de María fue un *constante y permanente sí al Señor*. Siempre disponible y entregada a la voluntad de Dios.

1. El sí de María. *“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”*.

El Sí de María hace posible el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Por eso, podemos decir que la vida de María se encuentra concentrada en su sí inicial. Este sí central y único es así mismo el que la acompaña en cada instante de su existencia e ilumina cada circunstancia de su vida. Este sí da sentido pleno a su vida, a cada movimiento, a cada oración de la Madre del Señor.

El sí de María es ante todo gracia, presencia de Dios en su vida. *Alégrate María, llena de gracia; el Señor está contigo*. Es la repuesta de la gracia en su espíritu a la gracia depositada en su vida desde el principio. María se pone a disposición de la llamada del Señor con una entrega total. Entregarse con toda la fuerza y la profundidad de su ser y su poder, que significa entregarse a la vez en la fuerza y en la debilidad: En la **fuerza** de la que está dispuesta a aceptar cualquier designio de Dios sobre ella y en la **debilidad** de la que es lo suficientemente débil para reconocer el poder del que la llama.

2. Misterio de disponibilidad

Al decir sí María renuncia a sí misma, se anula para que sea únicamente Dios el que habite en ella, somete a su Voluntad y a su acción todas las posibilidades de su ser. Se decide a dejar que sea solo Dios el que actúe en ella, y precisamente por eso coopera con Dios. Porque la cooperación en las obras de la gracia es siempre fruto de una disponibilidad y una renuncia. Toda renuncia vivida en el amor es fecunda porque deja sitio para la acción de Dios, y Él está siempre esperando el consentimiento del hombre para mostrarle de lo que puede ser

capaz cuando Dios está con él. *“Mira que estoy a tu puerta llamando. Si me abres, entraré y me sentaré contigo, a tu mesa”* (Apc.)

Nadie como María ha renunciado tanto a todo lo propio para dejar actuar sólo a Dios; por eso a nadie como a ella ha concedido Dios tanto poder de cooperación. Su cooperación es ilimitada porque también la renuncia contenida en su sí es ilimitada, incondicional y sin reservas. Se entrega totalmente en su respuesta, en su sí. No solamente quiere lo que Dios quiere, sino que le confía su sí para que El lo de forma y lo transforme. Su sí excluye cualquier deseo, cualquier preferencia o exigencia por su parte. No hace un contrato con Dios; desea solamente ser aceptada en la gracia, como ha sido concebida en la gracia. Sólo Dios debe administrar su sí. Sabe que su papel es el de la “esclava”, sierva humilde que acepta siempre lo que se le indica y nunca busca realizar sus propios proyectos. Desde que pronuncia el Sí se conforma a él y va a perseverar siempre en él. Es el Señor el que actúa, dejándole que configure toda su existencia.

3. Misterio de entrega

Esta disponibilidad de su sí que la configura, significa que ella renuncia a modelar su propia vida. La deja confiada en las manos de Dios. Desde el momento que ha dicho sí, es consciente de que de su sí dependerá todo lo demás. En la esencia de la entrega de María está la pobreza, la castidad y la obediencia, como signos de su donación total, de su entrega incondicional al Padre. Se ha entregado en su totalidad a Dios. Su sí tiene por tanto la forma de un voto. Dios debe modelar como y cuando quiera nuestra vida y acción pastoral.

4. Misterio de fe

La entrega total de María, la proximidad de Dios en su vida, hace que viva en plenitud la vida cristiana, llena de fe. María ha dicho sí a esta vida porque eso era lo que se esperaba de ella. Cuando dijo su sí, se arrojó toda ella en la inmensa totalidad de Dios. María acepta que sea así, como Dios quiere. Pone su persona tan plenamente a disposición del Hijo, que éste puede utilizarla como le plazca.

De este modo María se convierte en cristiana. Hasta entonces, creía en Dios como las mujeres jóvenes y piadosas de su pueblo y esperaba, también como ellas, la venida del Mesías prometido. Pero en modo alguno sospechaba que el Mesías podría serle regalado como perfecto cumplimiento de su fe. Su fe esperanzada es ya perfecta, su fe la convierte en la primera creyente cristiana, en la portadora por excelencia de la fe cristiana. *“Dichosa tú que has creído”*.

María concibe a Jesús antes en la fe que en su seno virginal. Su entrega, su concepción inmaculada y su ser portadora del Hijo, es esencialmente fe, fruto de su fe.

5. Misterio de fecundidad

María se convierte en Madre por su sí, al permitir que la palabra pronunciada por el ángel se haga vida en ella por el Espíritu Santo. El amor siempre es fecundo y cuando este amor es total a Dios, la fecundidad la hace ser Madre del mismo Dios. Dios Padre permite que su propio fruto, el Hijo, crezca a partir de la fecundidad del sí de María.

La Madre no se separa del fruto que trae al mundo: Jesús, el Hijo de Dios, su propia fecundidad es el fruto de su sí. El Hijo no quiere simplemente nacer de ella sino que tome parte activa en el proyecto de salvación acordado entre el Padre y el Hijo. Existe una intercomunicación viva del dar y del recibir. Ella le da lo que Él necesita, la vida humana, y recibe en sobreabundancia lo que Él la regala, la gracia y la maternidad. Pero lo que la Madre recibe no se agota en ella sino que alcanza a sus hijos.

El Hijo la hace partícipe de todo lo que hace y padece, y de este modo abre el misterio de la maternidad al misterio universal de la redención. El Hijo, al elegirla, ha redimido a la Madre y, al recibir de ella la vida, le da su propia vida, vida que él ha recibido para la salvación del mundo. Así María es introducida en la obra de la salvación. Actúa como corredentora con Cristo.

María como Madre fecunda está presente de una manera especial allí donde un hijo lucha y reza por tener la fuerza de la fe, la capacidad de vivir en la esperanza y la caridad. Todos los que han dicho sí y cumplen la voluntad del Padre, se convierten no solo en hermanos y hermanas sino también madres del Señor. Qué así sea y muchas felicidades.

II. VISITA PASTORAL

ARCIPRESTAZGO DE PUEBLANUEVA

Del 30 de octubre al 11 de diciembre de 2016

Durante los meses de noviembre y diciembre el Sr. Arzobispo, D. Braulio Rodríguez Plaza con la ayuda del Sr. Obispo Auxiliar, D. Ángel Fernández Collado, han realizado Visita Pastoral a las parroquias que comprenden el Arciprestazgo de Pueblanueva (*“San Vicente mártir”*, de Cazalegas, *“San Cipriano mártir”*, de Cebolla y Mañosa, *“La Inmaculada Concepción”*, de Domingo Pérez, *“La Purísima Concepción”*, de Otero, *“Ntra. Sra. de la Asunción”*, de Erustes, *“Ntra. Sra. de la Asunción”*, de Lucillos, *“San Miguel arcángel”*, de Montearagón, *“San Esteban”*, de Los Cerralbos-Illán de Vacas, *“San Pedro apóstol”*, de Malpica de Tajo y Bernuy, *“San Bartolomé apóstol”*, de Mesegar de Tajo y *“Ntra. Sra. de la Encarnación”*, de La Pueblanueva y las Vegas y San Antonio).

La visita pastoral comenzó el domingo día 30 de octubre con la celebración de la Santa Misa del XXXI Domingo de Tiempo Ordinario en la parroquia de Malpica de Tajo con una abundante participación de fieles de las diferentes parroquias que comprenden este arciprestazgo. Antes de comenzar la Santa Misa se realizó la presentación de las parroquias de este arciprestazgo donde los Sres. Párrocos dieron unas pinceladas de cómo es su parroquia y terminamos todos al finalizar la Eucaristía con un ágape fraterno.

Fueron visitadas todas las entidades y acciones parroquiales (Cáritas, Manos Unidas, Consejos Parroquiales, Catequesis, Hermandades, Coros, Grupos, etc.), así como los colegios e institutos en su asignatura de religión católica. En alguna parroquia se deben regularizar los estatutos de las hermandades existentes y acometer obras importantes en el templo y en la casa rectoral.

Durante estos días se realizó la visita y oración por los difuntos en los cementerios municipales de cada población, la Misa estacional presidida por los Sres. Obispos. También el Sr. Arzobispo en las parroquias de Cebolla, Los Cerralbos (de donde es natural el Sr. Obispo Auxiliar, D. Ángel Fernández Collado) y Montearagón, administró, a un grupo de jóvenes y adolescentes con algún adulto, el Sacramento de la Confirmación.

Igualmente, los Sres. Obispos han visitado a algunos de los enfermos de las parroquias en sus casas y en las residencias de ancianos, visita de mucho agrado tanto por el enfermo como para las familias.

Se ha tenido la visita de cortesía a las autoridades civiles en los respectivos Ayuntamientos y alguna visita a las autoridades militares que guardan el orden de las localidades (Guardia Civil). En la parroquia de Cebolla se tuvo un encuentro fraterno con las Misioneras de Ntra. Señora del Pilar, que regentan una guardería. Estas religiosas están pasando un momento de precariedad y necesidad económica a causa de la crisis económica que está sufriendo España, por ese motivo el Sr. Obispo Auxiliar les recomienda y les gestionara una ayuda, para llevar como es debido el comedor de la guardia, a Caritas diocesana.

En la visita realizada a la parroquia de Domingo Pérez, el Sr. Arzobispo puede bendecir la obra, ya terminada, que se ha llevado acabo de la casa rectoral, habiendo construido una nueva casa rectal como vivienda habitual del párroco y unos pequeños salones parroquiales para las diferentes tareas pastorales.

Los Sres. Obispos han revisado y firmado los libros parroquiales y han comprobado que todo está en orden, han visitado las instalaciones muebles, muchas de las cuales necesitan de acometer obras de rehabilitación que deben ser subvencionadas por la administración económica diocesana pues estas parroquias al carecen de población no recaudan suficiente para el manteniendo ordinario y extraordinario.

Los Sres. Obispos han podido comprobar que estas parroquias que comprenden el arciprestazgo de Pueblanueva son de población envejecida y escasa, con escasez de recursos económicos y falta de vida eclesial, aunque los Sres. Párrocos trabajan incansablemente para llevar la doctrina y la fe cristiana y mantener las instalaciones con decoro y bien adecentadas.

Fue clausurada la Visita Pastoral el 11 de diciembre con una Eucarística Solemne del III Domingo de Adviento, llamado domingo Gaudete, en la parroquia de Cebolla donde sacerdotes y fieles de las parroquias de este arciprestazgo, junto con el Sr. Arzobispo que presidio, el Sr. Obispo Auxiliar y el Vicario Episcopal de zona, pudieron dar gracias al Señor y a la Virgen María por estos días de bendición.

SECRETARÍA GENERAL

I. DECRETOS

Nos, Doctor Don BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

DIRECTORIO DIOCESANO SOBRE LOS MINISTROS EXTRAORDINARIOS DE LA SAGRADA COMUNIÓN

DECRETO

«La Iglesia vive de la Eucaristía», por eso es muy consciente de que nadie, convenientemente preparado, se vea privado del don más alto para un cristiano. La Iglesia, madre y maestra, ha visto la necesidad de proveer ministros que distribuyan la sagrada Comunión.

Por ello, para promover este servicio eclesial, y clarificar la causa y competencia de cada uno de estos ministerios, para que cada uno realice todo y solo aquello que le corresponde, se ha elaborado este Directorio que concreta el modo de elección del ministro extraordinario así como el modo de ejercer este ministerio, y que aprobamos por el presente para toda nuestra Iglesia diocesana.

Dado en Toledo, a 8 de diciembre de 2016, solemnidad de la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

Nos, Doctor Don BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia en la que se solicita la erección de una Fundación canónica denominada Fundación “Nuestra Señora de los Infantes de Toledo” con domicilio social en la Avda. de Europa, nº 12, 45005 TOLEDO.

Examinados los Estatutos por los que ha de regirse la Fundación y en los que se determinan los fines religiosos y apostólicos así como de carácter educativo confesional, el patronato que la representará, regirá y administrará, así como las causas que pueden motivar su disolución; visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado en los cc. 114,115,3 y 1.303 del Código de Derecho Canónico, y obtenido previamente el dictamen favorable del M. I. Sr. Fiscal General del Arzobispado, por el presente;

DECRETO

1. La erección canónica de la Fundación “Nuestra Señora de los Infantes de Toledo”, como persona jurídica pública en la Iglesia, con el carácter de Fundación pía autónoma con los fines religiosos y benéfico-asistenciales propios de la difusión del Evangelio y el ejercicio del Apostolado en el campo de la enseñanza confesional, conforme a los principios y valores propios de la doctrina de la Iglesia Católica.

2. La aprobación de los Estatutos fundacionales.

Ordenamos que se consignen en la Secretaría General del Arzobispado dos ejemplares de estos Estatutos y un ejemplar quede en el archivo de la Fundación, todos debidamente compulsados.

Dado en Toledo, a 15 de octubre de 2016.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

Nos, Doctor DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

En atención a las cualidades que concurren en las personas citadas a continuación, como Presidente de la Fundación canónica “Nuestra Señora de los Infantes de Toledo”, y en orden a constituir el Patronato a tenor del Artículo 8o de sus Estatutos, por el presente venimos en realizar el nombramiento de los siguientes cargos:

Vicepresidente:

D. Sebastián Villalobos Zaragoza, Vicerrector del Colegio.

Vocales:

- D. Miguel Sánchez Torrejón, representante del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- D. Pablo Sierra López, Director Pedagógico del Colegio.
- D. Juan Emilio Tacero Oliva, Delegado de Enseñanza de la Archidiócesis.
- D. Eduardo Enrique Parra Fernández Santos iPresidente de la Asociación de Padres de Alumnos.
- D. Alfredo García González, Profesor del Colegio.
- D. Alfonso Alcañiz Perales, Responsable de la Pastoral del Colegio.

Tesorero:

- D. Anastasio Gómez Hidalgo, Ecónomo diocesano.

Secretario:

- D. Ángel José Redondo Segovia, Director de los Seises.
- Dado en Toledo, a 31 de octubre de 2016.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

II. ÓRDENES SAGRADAS

DIACONADO Y PRESBITERADO

Ministro: Excmo. Mons. Braulio Rodríguez Plaza.
S. I. Catedral Primada, 18 de diciembre.

Diaconado:

1. Gerardo Siko Sobe,
con legítimas letras dimisorias del Excmo. Sr. Arzobispo de Malabo (Guinea Ecuatorial).

Presbiterado:

1. Ignacio de la Cal Aragón.
2. Iván Martínez Cámara.
3. David Miguel Gómez,
todos diocesanos.

III. MINISTERIOS SAGRADOS

LECTORADO Y ACOLITADO

Ministro: Excmo. Mons. Ángel Fernández Collado.
S. I. Catedral Primada, 17 de diciembre.

Ministerio de Lectorado:

1. David de Blas Martín.
2. Sergio Félix Gómez.
3. Jesús Juan Lorenzo.
4. Federico Marfil Mur.
5. Alejandro Perea Medina.
6. Eduardo Rivero Díaz-Tendero.
7. Alberto Rocha Escobar.
8. Francisco Jesús Serrano Trigo.
9. Javier Sola García.
10. Óscar Torres Manzanares.
11. Jesús Antonio Torres de la Peña.
12. José María García Camacho.
13. Francisco Javier Recabarren Vial,
todos diocesanos.
14. Wilson Nkurunziza
con legítimas del Excmo Sr. Arzobispo de Gitega (Burundi).
15. Manuel Abraham Belloso Martínez.
16. Edgar Adrián Hernández López.
17. Rubén Tena Guzmán,
*de la Confraternidad de Operarios del Reino de Cristo, con legítimas
letras dimisorias de su Director General.*
18. Carlos Alberto Jiménez Ortiz.
19. Deyvid Rafael Vargas Velandia,
*de los Siervos de los Pobres del Tercer Mundo, con legítimas letras
dimisorias del Excmo. Sr. Arzobispo de Cuzco (Perú).*

Ministerio de Acolitado:

1. Manuel Antonio Briceño Jiménez.
2. Damián Orlando Rivero Ochoa,
*de la Confraternidad de Operarios del Reino de Cristo, con legítimas
letras dimisorias de su Director General.*

IV. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 20 de diciembre:

–D. Daniel Palomo Rivera, director de la Casa Sacerdotal “Cardenal Marcelo”, de Toledo.

Con fecha 21 de diciembre:

–D. Gabriel Melchor Guevara, CORC, párroco “in solidum” de las parroquias de San Bartolomé Apóstol, de San Bartolomé de las Abiertas, y de la Inmaculada Concepción, de Retamoso de la Jara.

–D. David Miguel Gómez, vicario parroquial de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, de Villafranca de los Caballeros.

–D. Iván Martínez Cámara, vicario parroquial de la parroquia de Santa María la Mayor, de Talavera de la Reina.

–D. Ignacio de la Cal Aragón, vicario parroquial de la parroquia de San Julián, de Toledo.

–D. Luis Gahona Fraga, coordinador del bienio de Teología Fundamental.

–D. Carlos Miguel García Nieto, coordinador del bienio de Historia de la Iglesia.

V. NUESTROS DIFUNTOS

–**D. Jesús Amparado de la Rocha.** Nació en Los Navalucillos el día 5 de mayo de 1932 y fue ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1956. Ese año fue nombrado cura ecónomo de Mazarambroz y, un año más tarde, de Valdelacasa de Tajo. En 1961 recibió el nombramiento de cura ecónomo de Villatobas. En 1982 pasó a ser vicario parroquial de San José Obrero, de Toledo, y encargado de la futura parroquia de Santa María de Benquerencia. En 1983 recibió el nombramiento de párroco de San José Obrero y, en 2001, el de rector de la Capilla arzobispal. Fue viceconsiliario del Movimiento Familiar Cristiano y Consiliario Diocesano de la Adoración Nocturna Femenina. Jubilado desde el año 2015 falleció en Toledo el día 1 de diciembre de 2016 y recibió cristiana sepultura en su pueblo natal, el día 3 de diciembre.

–**D. Casimiro Marcelino Peces Gómez.** Nació en Sonseca el día 4 de marzo de 1932 y fue ordenado sacerdote el 4 de junio de 1955. Coadjutor de Villarrobledo (Albacete) y capellán de las religiosas Bernardas de esa misma localidad. En 1956 fue nombrado párroco de Sevilleja de la Jara y encargado

de Mina de Santa Quiteria. Nueve años más tarde recibió el nombramiento de Regente de la parroquia de Lillo, así como el de viceconsiliario de Juventud Rural de Acción Católica. En 1966 fue nombrado ecónomo de Gálvez y, en 1973, arcipreste del arciprestazgo de Navahermosa. A partir de 1991 ejerció su ministerio como capellán del Hospital Virgen de la Salud, de Toledo. Jubilado desde el año 2007 falleció en Toledo el día 19 de diciembre de 2016 y recibió cristiana sepultura el día siguiente en su pueblo natal.